

El sur al filo de la mexicanidad

Mario Humberto Ruz¹

Esta es la parte del mundo en que el piso se sigue construyendo. Los que allí nacimos tenemos una idea propia de lo que es el alma y de lo que es el cuerpo.

Carlos Pellicer

El canto del Usumacinta

Ubicado en el filo de lo que según las definiciones abarca la Patria, el tradicionalmente considerado "sur mexicano" ni es sólo sur desde una perspectiva geográfica, ni es "puro mexicano" desde un punto de vista cultural. Y si por Patria alguien entiende esa mezcolanza estereotipada de tacos, mariachis, charros, zapateados, tequila y chinas poblanas con que se nos vende como destino turístico, el Sur ni siquiera es patria.

Hasta hace pocos años, es más, el Sur nunca había sido, a diferencia del Norte, frontera de nada, frontera con nada. Desde Tabasco nos internábamos en las selvas del Petén como Juan por su casa, de Chetumal pasábamos apenas un miserable changarro que no merecía ni el nombre de aduana para ir a comprar mantequillas y quesos holandeses más baratos en Belice, los pescadores guatemaltecos de Champerico fondeaban en Puerto Madero, Chiapas, sin estorbos de guardias marinos y Comitán era tan igual a su vecina Huehuetenango —nada que ver con el binomio San Diego/Tijuana—, que compradores de cerdos y vendedores de cualquier chuchería iban de un lado a otro con el mismo desenfado con que lo hacían los tatarabuelos de sus tatarabuelos desde tiempos coloniales y aun prehispánicos, cuando el primero se llamaba Balún Canán y el segundo Xinabajul; siglos antes de que a ambos pueblos les endilgaran nombres de filiación "mexicana".

Por supuesto que se sabía de la línea, pero una línea no es una barrera, mucho menos si corre a lomos de agua o serpentea entre selvas y peñascales. Uno nacía de un lado y podía morir del otro, habiendo acumulado en ambas partes amores, ahijados, deudas y compadres.

¹ Etnólogo del Centro de Estudios Mayas, UNAM.

De fronteras con el Caribe tampoco se hablaba (no había por entonces investigadores urgidos de objetos y sujetos de estudio "novedosos" que otorgaran puntos para el CONACYT). Los "peloteros" cubanos acudían cada año al célebre refugio de los Leones yucatecos o al minúsculo estadio de Comalcalco, dependiendo de si eran francamente buenos o medio malos; los ricos yucatecos pasaban las "temporadas" en los casinos de la isla y no faltaba periódicamente algún grupo de mulatas visitando Mérida para alimentar fantasías de los clasemedieros que no podían pagarse el pasaje. Hasta las hijas del tío Arcadio venían desde La Habana a Motul dizque con el único fin de visitar a la familia, pero con el gozoso afán —me sospecho— de escandalizar a las beatas del pueblo con los enormes cigarros que fumaban,

Desde arriba o afuera vinieron luego, en tiempos dispares, urgencias para reclamar soberanías y demarcar bordes. Que si el petróleo era nuestro y la guerra de los guatemaltecos; que si el desarrollo tocaba a Chetumal dejando fuera a los beliceños, que si la virgen de Izamal y el cristo negro de Tila eran meros cultitos locales y la Guadalupe la madre de todos, que si todo en Chiapas era México. Y vengan a pasearse los "símbolos nacionales" para desalentar autonomías incluso antes de que se imaginaran, y a llenarnos de neoliberalismos e iglesias protestantes para quitarnos lo provinciano e insertarnos en la modernidad; incluyendo la del narcotráfico, la industria turística que contamina sin necesidad de chimeneas y la de los medios de comunicación, que bien emplearon los zapatistas, entre otras cosas para mostrar que el Sur se sigue cocinando aparte, se sigue urdiendo aparte, pese a toda esa basura que patriótica y solidariamente nos receta la televisión "nacional", que de vez en cuando muestra imágenes meridionales para hacernos recordar que ya no somos sino "una estrella más del canal de las estrellas".

Pero el necio Sur se empecina en brillar con luz propia en cielo propio, dotando de distintas luminosidades el cuerpo de una Patria que a ratos se le escurre a uno entre los dedos a causa de sus escasas carnes o por exhibírnosla cubierta por una epidermis que no es suya más que por instantes y que cambia según la atalaya desde donde se le contemple. Original y multiforme, siempre idéntica y nunca la misma, la envoltura de la identidad mexicana se teje y desteje en el telar de la cotidianidad, en buena medida anclado en la generosa cintura india de su entraña meridional, dotada ella misma de innúmeras identidades.

Porque pese a compartir el calificativo, el Sur no es único en latitudes o longitudes y por ende ni en sus paisajes, en continuo cambio ante la necesidad de los hombres o los caprichos naturales; por algo asentó Pellicer que en esta porción del mundo "el piso se sigue construyendo". Para comenzar con lo geográfico, Mérida se ubica casi en la misma latitud que Tepic y Aguascalientes, Campeche está más al Norte que Tlaxcala y la Ciudad de México es tan "sureña" como Chetumal, y por lo

que toca a los paisajes, si la Península es un témpano de piedra sobre un mar subterráneo, Tabasco es un archipiélago de islas perdidas en un océano; si los Altos de Chiapas se parapetan tras coníferas, Quintana Roo se prolonga en arrecifes coralinos. Ni siquiera en los confines estatales se instala la monotonía; cada mañana Comitán se vela en nubliservas mientras Tonalá se ciega con el sol en las marismas, Tuxtla exuda eriales cuando Tapachula se sofoca de trópico, San Cristóbal se conjuga en montañas al tiempo que la Depresión Central se deletrea en anchos pastizales.

Incluso paisajes supuestamente homogéneos muestran su diversidad, escasa pero significativa. En Campeche, por ejemplo, cualquiera podría diferenciar cuatro grandes áreas: la planicie costera del Poniente, el Suroeste de ríos; las selvas tropicales de la franja oriental y en parte meridional², y el resto conformado por la vegetación típica de la gran plataforma que constituye la península³. El mismo Tabasco, que se ofrece a primera vista como un intrincado país de agua, difiere en raudales, esteros y caudales, y se torna montañoso en las estribaciones que lo vinculan con buena parte de Chiapas.

Diversas también son las formas de domesticar los entornos: allí donde Campeche exhibe murallas y diques para contener el mar, Tabasco arriesga puentes y cayucos para unir sus tierras magras, Y mientras ambos bregan con corrientes de superficie, Yucatán perfora una y otra vez sus entrañas de piedra para abreviar de las profundas aguas. El Sur no es uno ni siquiera en horizontes y verticalidades.

En Chiapas sorprenden minúsculas iglesias casi de pesebre navideño, mientras que del suelo peninsular surgen templos gigantescos aun en los pueblos más miserables, como si el pedregal se proyectase a los cielos. Tabasco, en cambio, apenas exhibe espacios vacíos o adefesios de última hora, cicatrices arquitectónicas que dan fe del furor iconoclasta de Garrido Canabal. Las haciendas chiapanecas y tabasqueñas no son más que ínfimos ranchos comparadas con las peninsulares, a veces embriones de ciudades. Yendo más allá, hasta los estilos arquitectónicos son distintos: nada que ver el barroco Puuc maya con el hierático arte de Teotihuacan, ni el colonial de los altiplanos con el nuestro, más próximo al considerado centroamericano; apenas si nos asemejamos en los lunares neoclásicos.

² Es común pensar en el sureste, por ejemplo, como en un área de selvas, pero la situación es muy desigual. En el territorio quintanarroense en efecto predominan bosques y selvas (54.4%), pero sólo 17.2% del suelo campechano está cubierto por ellas y el área yucateca apenas registra un mísero 2.3%. Aquí el monocultivo henequenero y la mayor presión demográfica jugaron su parte en la deforestación (Ruz *et al.*, *Los mayas peninsulares. Diagnóstico socioeconómico*, México: WBG e INI, 1998).

³ Tal simplificación es sin embargo engañosa, tanto su litoral como sus tierras interiores muestran peculiaridades en suelos, orografía y sistemas hidrológicos (superficiales o subterráneos), que posibilitan diversos tipos de flora y fauna, que a su vez influyen en las vocaciones económicas de las diversas subregiones de la entidad, marcando el carácter y la cotidianidad de sus pobladores.

El Sur tampoco es uno por lo que a su gente toca. Marcado a fuego por su entraña india, ni es sólo indio ni es su indianidad una misma. Destaca sin duda su raigambre maya, pero la hay desde antiguo de otras etnias: zoques y nahuas entre las más importantes. La diversidad invade incluso las regiones tenidas por más homogéneas. Así, tan sólo en Campeche los censos consignan más de 18 lenguas indígenas, mientras que para 1995 se registraron en Quintana 150,434 personas mayores de cinco años, hablantes de más de 50 idiomas distintos al maya⁴. Y si en Campeche un tercio de los pobladores del estado emplea una lengua mesoamericana⁵, y en Quintana Roo lo hace un 26%, Yucatán es el estado con mayor población hablante de una misma lengua indígena en todo México y una de las dos entidades (la otra es Oaxaca) donde los indoamericanos constituyen mayoría, sobrepasando en número a los no indígenas⁶.

Tabasco, por su parte, alberga desde tiempos prehispánicos a los chontales, a contingentes cada vez menores de zoques y nahuas, y desde hace algunas décadas, a ch'oles emigrados de Chiapas⁷. Los totales empero son bajos: con base en el censo de 1990 y sus propias estimaciones, el INI calculaba 93 245 indígenas de un total de 808 109 habitantes⁸. Allí, como muestra la historia, fue el elemento negro el que ganó la batalla al mezclarse con lo autóctono dando origen a una población afroindoamericana. Los pueblos mayances son también numerosos en Chiapas, asiento tradicional de tzotziles, tzeltales, tojolabales, mames y ch'oles, y en menor número mochós, lacandones, jacaltecos, kanjobales, chujes y cakchiqueles, a los que han venido a sumarse representantes de otras etnias desde los inicios de la guerra

⁴ Hecho explicable por la presencia de refugiados guatemaltecos, la colonización tanto dirigida como espontánea que se desarrolló en el estado en las décadas de 1960-1970 y los importantes flujos migratorios actuales hacia la zona turística del norte (Pedro Bracamonte, "Quintana Roo", en Ruz *et al.*, *op. cit.*, 1998).

⁵ El INI —contabilizando sólo seis de los nueve municipios— calculaba para 1994 una población indígena de 128, 412, sobre un total de 347, 493 pobladores (A. Embriz, coord., *Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México*, México: INI, 1993).

⁶ Los mayahablantes —que rebasan los 750 000 individuos, tomando en cuenta sólo a los mayores de 15 años—, conforman aún hoy uno de los núcleos indígenas de mayor peso cuantitativo y cualitativo del México indio. Baste señalar que desde un punto de vista porcentual representan 14.11 % del total de hablantes de alguna lengua mesoamericana en el país, apenas superados por los nahuas (22.67%) y seguidos muy de lejos por los zapotecos (7.64%) y los mixtecos (7.32%). Y tal importancia se acrecienta si recordamos que, a diferencia de la vecindad maya, los hablantes de nahua se hayan dispersos en más de una veintena de estados del país, y que existen además otras tres lenguas tan íntimamente emparentadas con el maya (mopán, itzá y lacandón actual) que para algunos lingüistas bien pueden considerarse meras variantes dialectales.

⁷ Punto de particular importancia es el de la migración interestatal indígena, que no abordaré aquí. A manera de ejemplo señalo que el Censo de 1995 registró en Campeche 30.3% de inmigrantes, Para 1990 los no nativos constituían 23.1% del total de la población, destacando los nativos de Tabasco (29.2%), Veracruz (15.7%), Yucatán (12.7%) y Chiapas (12.2%), buena parte de ellos indígenas (Gabriela Solís Robledo, "Campeche" en Ruz *et al.*, *op. cit.*, 1998).

⁸ Lo que equivale a 11% (A. Embriz, *op. cit.*, pp. 191 ss).

civil en Guatemala. A ellos se agregan los zoques del norte del estado. En total, para 1990, más de 716 000 individuos mayores de cinco años hablaban alguna lengua indígena, 26.42% de la población del estado.

Más allá del indudable peso cuantitativo, la presencia del componente indio se trasluce tanto en los peculiarísimos españoles regionales (plagados de influencias fonéticas, morfémicas y sintácticas de las lenguas mesoamericanas), como en la indumentaria, la gastronomía, las técnicas constructivas, los métodos de cultivo, la cosmovisión, las actitudes religiosas o las actividades festivas, por mencionar sólo algunos rubros, donde muy a menudo convergen cotidianidades indias y mestizas.

No obstante, la situación muestra matices de importancia dependiendo del área. De hecho, pese a participar de una matriz cultural común, resulta a todas luces impropio por ejemplo hablar hoy de "los mayas" como si se tratase de una entidad amorfa y homogénea. Las especificidades locales, surgidas de un devenir histórico no siempre coincidente (y que corre paralelo al muy diverso acontecer de las entidades federativas donde se ubican), han de destacarse cuando se pretende dar cuenta de la realidad regional⁹. Para asomarse a los profundos cambios operados en las últimas décadas acaso baste señalar que para 1995 calculamos que 25% del total de mayahablantes, es decir más de 200 mil mayas declarados y mayores de cinco años¹⁰, se concentraba en tan sólo seis ciudades. Y más de la mitad de ellos lo hacían en dos: Mérida y Cancún¹¹, muestra clara de que las famosas regiones de refugio, si es que existen, se ubican ahora en los núcleos urbanos.

Se trate del campo o de las ciudades, tampoco las voces meridionales son las hablas estereotipadas de un México uniforme que apenas existe en la mente de sus inventores o sus detractores. Acribilladas por un arsenal de idiomas indoamericanos, de dialectos castellanos, de sociolectos e idiolectos, las voces del Sur, más que congelarse en tinta, se desparraman en el viento, apellidando la gente y las cosas con nombres que sólo pueden ser sueños.

⁹ Así, es imposible parangonar en términos de igualdad socioeconómica e incluso cultural –hilando fino– a un maya asalariado temporal en el emporio turístico de Cancún, con aquél de la región henequenera que malamente sobrevive con la pensión que le otorga el Estado, o equiparar sin ambages a tzotziles y tzeltales de Los Altos de Chiapas, empeñados en obtener su sustento diario de un suelo cada vez más erosionado, con el yucateco que divide la jornada laboral entre la maquiladora instalada en su pueblo y su pequeña parcela de cítricos.

¹⁰ E insisto en la particularidad, dado el alto número de infantes por abajo de esa edad y la tendencia frecuente a negar la lengua materna en las ciudades.

¹¹ Tan sólo en Mérida se contabilizaron 89 948 individuos de más de cinco años que tenían la maya como lengua materna, mientras que en Valladolid ocurría otro tanto con 29 853 personas en el mismo rango de edad; la capital campechana albergaba más de 14 000 mayas y el entorno de Ciudad del Carmen se ubicaban 4168 indígenas. Cancún, por su parte, absorbe a la mayoría de los 45 907 hablantes de maya del municipio de Benito Juárez, y otro tanto hace Chetumal con los 20 933 ubicados en el de Othón Blanco.

Así, en los corrales de Tabasco no hay guajolotes (mucho menos pavos) sino "chompipes" y en las porquerizas "tuncas". Allí en vez de plátanos hay "guineos" y en los mercados tradicionales aún se pregonan la sabrosura de las hicoteas, los pejelagartos, el guao, el cuinicuil y los garrobos, junto a los chanchames y los tamalitos de chipilín. En los cielos vuelan "chombos" en lugar de zopilotes y los árboles en los huertos exhiben sus "macoyos" de fruta; esa misma fruta que el visitante lleva a casa cuando le regalan una *poxcagua*, antes de despedirse con un "Adiú", expresión remanente de los tiempos de persecución religiosa, cuando se prohibía mentar el nombre de Dios.

En Comitán no se cae de bruces sino *tintintop*, y cuando alguien lo hace suena *bangram*; la fruta no empieza a pasarse de madura sino que se pone *tutim*. Las reglas mayas que marcan que todo ha de ser poseído dan origen a expresiones como "un mi tío", "una tu prima", "un mi carro". Inmersos en un mundo donde se marca gramaticalmente el sexo de objetos y sujetos, no es inusual escuchar en Chiapas a indígenas y ladinos que hablan de "idiotos", "egoístos" o "protestantos". Al mismo tiempo la fonología de las lenguas locales provoca curiosas expresiones por parte de aquellos que no tienen el español como lengua materna. La ausencia de efes, por ejemplo, hace primar a las pes: las fernandas son pernandas, las fincas, pincas y lo fiero es piero... y no falta mestizo que aproveche el giro para declarar de alguien que es "feo con efe de futa madre".

En la Península, espacio donde a decir de algún estudioso fueron los hispanos los transculturados¹², la lengua maya señorea la vida cotidiana: las mangueras al aplastarse se hacen *yuch*, los hilos no se tuercen sino se hacen *jich*, las cosas que asustan arrancan un *¡uay!*, las que dan asco, un *¡fo!* Hasta los animales cambian en las expresiones cotidianas: uno no se pone avispa sino *xux* y el grosero ¡cállate perro! se matiza con un *macachí pec!*, que significa lo mismo pero a los oídos de un mestizo suena menos áspero. El maya es tan del uso diario, que no faltan carritos de *hot dogs* que lleven sus flamantes letreros traducidos: *choco pec*. Los mismos perros calientes, pero domesticados con la sonora lengua de la tierra. Así, hasta las invasiones culturales dejan de parecer ajenas; se aprestan a convivir con panuchos, salbutes, *dzotobichays*, polcanes y otros bocadillos de abolengo prehispánico.

Frontera que se burla de los tiempos, el Sur no es sólo refugio de identidades indoamericanas; también guarda en su entraña gutural voces hispanas que en otras latitudes figuran en glosarios de anacronismos. En el sur chiapaneco no hay cosas

¹² Nancy Farriss, *Maya Society under Colonial Rule, The Collective Enterprise of Survival*, Princeton: Princeton University Press, 1984.

feas sino "fieras" y en vez de hacerlo con tontos hay que lidiar con "mudos", y mucho peor cuando hay que vérselas con borrachos cuyas mentes "se engasan", como si una venda entorpeciera sus facultades. Allí lo muy dulce "hostiga" y hay alimentos "salóbricos". En Tabasco las cosas no se empapan, se "enchumban"; en la Península un mal agüero, una mala catadura o una situación enojosa se exorcizan con un ¡Arredovaya!, pariente del *vade retro* medieval; allí no se ven el cine o la televisión, se "gustan"; tampoco se espía, se "acecha"; no se "necesita" sino se "ocupa" tal o cual cosa; no se cometen tonterías, se "hacen caballadas"; aún se saca la ropa –"achocada" en los roperos– a blanquearse al "sereno" nocturno; todavía canta el agua en las jofainas y los aljibes, se bordan "dechados", y en las esquinas no se apuestan prostitutas sino suripantas... Los caminos del sur se extienden por leguas, sus campos se miden por varas o mecatas y en algunos de sus mercados las cosas se truecan en vez de comprarse.

Hasta las patologías se nombran con distintos nombres. En esas épocas veraniegas en que caen los "ramalazos" de agua y los excesos en el comer o las infecciones producen con mayor facilidad trastornos gastrointestinales, en Chiapas no se consulta por diarreas sino por "asientos" o "corrimientos", en Yucatán por "cagaleras" y en Tabasco por "correquetealcanza". En Las Margaritas, Chiapas, las infecciones provocan "cangrina" en vez de gangrena, el dolor de oído da punzidos cuando uno se levanta "de ramplón", y la "regla" femenina se transforma en "reglamento", cuya periodicidad puede trastocarse al tomar las "pastillas mormonas con jierro"¹³.

Ni siquiera los nombres de su gente son los mismos. Así por ejemplo, Garrido Canabal, que en aras del progreso laico derribó iglesias y fusiló la dignidad de los santos a la par que buscó resucitar la del campesinado (eso sí, expurgándolo de "lo indio"), proscribió el empleo del santoral calendárico cristiano, provocando que los tabasqueños de hace una o dos generaciones portasen nombres tomados de la antigüedad griega o romana, cuando no surgidos de un nacionalismo curioso, por decir lo menos, o de las simpatías soviéticas del mandatario: Platón Sánchez, Sócrates López, Tirsa de la Fuente, Aristóteles Franyuti, Aníbal Zárate, Masiosare Hernández, Aniv de la Rev Gómez... y no son raros los Lenin, Yuri o Vladimir. En la Península yucateca los nombres "cristianos" compiten ahora con apelativos anglosajones e italianos, tomados de las revistas o telenovelas de moda, a veces curiosamente deformados y que adquieren tonalidades inusuales al combinarse con apellidos mayas: Jiovana Ek, Rusel Puc, Genni Moo, Fredy Ku, Cintia Lesenia Pech, Oyuki Balam... Muchos indios de Chiapas, en cambio, domesticaron los nombres occidentales

¹³ Hormonas estrogénicas adicionadas con hierro.

"mayanizándolos": Xepel por Isabel, Petui por Pedro, Mala por María, Sin por Jacinto, Xun por Juan, K'antel por Candelaria, Antún por Antonio... nombres que conviven hoy con una pléyade de apelativos bíblicos que la conversión al protestantismo ha vuelto a poner de moda.

Fronteras de corta duración, que cambian de apariencia a velocidad inusitada; espacios más propios para el haikú que para la oda, o para el cuento breve que para la narración prolongada, los del Sur muestran también peculiaridades cuando de escrituras se trata. Con raras excepciones, allí florecen más poetas que novelistas. Testimonio más de matrias que de la Patria, el meridián mexicano ha cobijado plumas espléndidas, no por localistas menos universales. Díganlo si no, chiapanecos como Sabines, Castellanos o Bartolomé; tabasqueños de la talla de Pellicer, Gorostiza, Becerra, Cabrera Jasso, García Ruiz o Díaz Bartlett, campechanos como Molina, Gantús, Vadillo, Verducci o De la Cabada.

Aunque menos conocidos, los escritores en lenguas mayas dan también muestras de la contemporaneidad y excelencia de sus voces: Margarita K'u Xool, Waldemar Noh Tzec, Briceida Cuevas, Romualdo Eleazar, Auldárico Hernández y muchísimos otros que colaboran en el renacimiento literario de sus lenguas maternas, bien en la poesía, bien en la narración breve, bien en el teatro, que sabe de un naciente esplendor en chontal, tzotzil, tzeltal y maya peninsular, entre otros idiomas mayances.

En el Sur hasta los compositores de música alzan por lo común más alto el vuelo que los escasos ensayistas. En Yucatán el dulzor almibarado y preciosista de Guty Cárdenas y Palmerín cala más hondo que el erudito pero soporífero Justo Sierra, mientras que en Chiapas, con escasas excepciones encabezadas por la rutilante Rosario Castellanos, los ensayos no alcanzan la cima a donde arriba la música de los Nandayapa. Marimbas, arpas, guitarras, violines, carrizos y tambores —sonidos indiscutiblemente distantes de mariachis y redobas— proveen al espectro musical mexicano de timbres y sonoridades que sólo pueden oírse en estas tierras; cuya lírica sólo podía proceder de estas tierras. No en balde asentaba Pellicer, maestro de la rima, el ritmo y la anáfora, que "el verso es una entidad sonora" y que "la música es la expresión más importante de la poesía".

De hecho allá resulta imposible separar la letra impresa de alfabetos latinos y la vírgula florecida del canto mesoamericano. La continuidad entre lo oral y lo escrito, la memoria y la historia, es coña de cada noche y cada mañana, como lo gritan las plumas de Eraclio Zepeda, Silvia Molina o Rosario Castellanos.

En la milpa o en torno al fogón, de boca a oído se transmiten mitos de los tiempos sin tiempos junto con hechos sucedidos la anterior semana; se re-crean, se remodulan y re-inventan las profecías del *Chilam Balam* y los horrores escatológicos que cuenta el último *Atalaya*, las travesuras del tío conejo y las desventuras de Hansel

y Gretel, Cristo llega a entregar a los hombres el maíz a bordo de un jet en algún renovado mito tzotzil al mismo tiempo que Santa Lucía se arranca los ojos en un desesperado gesto de amor hacia san Sebastián... Los significados son los mismos, los significantes vienen renovados. O la inversa; que allí ni siquiera las leyes de la semiótica se encuentran rígidamente estipuladas.

Filón literario casi desconocido, el Sur tiene modulaciones propias incluso para dirigirse a sus deidades; modulaciones profundamente próximas a las que entonaban sus antepasados, aunque algunos nombres de dioses hayan cambiado:

No puedo implorar si no hay perdón,
No puedo suplicar si no hay misericordia,
no ignores nuestro llanto,
no ignores nuestros sollozos

Nosotros, tus hijos,
tus criaturas,
tus flores,
tus retoños.

Préstame los diez dedos de tus pies,
préstame los diez dedos de tus manos...

Oh mi hermano mayor,
Oh mi hermano menor...¹⁴

reza el tzotzil en la iglesia zinacanteca, mientras en las selvas de Quintana Roo ora el h-men maya:

Estoy colocando la mesa virgen
ante ti, Señor Dios.

Te ofrezco trece jícaras frías y vírgenes palabras.

Aquí os congrego donde está la majestad,
los Santos Señores:

el señor Zaztunchaac, Dios de la Lluvia Piedra Transparente en el Oriente,...

Ah Tzohxoncaanchauac, Nuestro Dios de la Lluvia del tercer Cielo,

Boloncaanchaac, Dios de la Lluvia del Noveno Cielo,

Lelemcaanchauac, Dios de la Lluvia Látigo Relampagueante,

Hohopcaanchauac, Dios de la Lluvia del Quinto Cielo.

Sed glorificados

mientras cae mi palabra para los protectores de la tierra,
el protector del bosque, el protector de la llanura,

¹⁴ Apud Evon Z. Vogt, *Ofrendas para los dioses*, México: FCE, 1979, pp. 153, 174.

el protector de la montaña...

Tres saludos cuando allí, en Chichén, cae mi palabra.¹⁵

El Sur, en fin, ni siquiera sueña de la misma forma, rememora incluso de distinta manera. Allí, al mismo tiempo que se cobijan en ruinas artes civilizatorias que otras latitudes todavía no alcanzan, es presente lo que para otros es pasado. Así, Mesoamérica no es un concepto arqueológico, es horizonte cotidiano. Los indios no son ni defensores de la Patria ni solemnes antepasados, son presencia viva y corpórea, a veces dulce, a veces violenta como todas las vecindades. Indios y mestizos se detestan y se extrañan, se toleran o se evitan, se enamoran y se matan, como cualquier otro ser humano.

Allí la identidad no es reflexión erudita de académicos desvelados de escritorio, sino cuestión de cada mañana. Ni siquiera se detiene uno a reflexionar en ello; se desechan algunas cosas, se incorporan otras y se deja al tiempo y a la insolencia del clima la decisión sabia de mantenerlas o no, de borrarlas incólumes o guardarlas domesticadas. Se ha hecho desde siempre, se continuará mañana. Que si los altiplanos aportaron anteayer su Quetzalcoatl, lo adoptamos kukulkanizado; que si los encomenderos hispanos traen borregos lanudos, les llamamos "venados de algodón" y santo remedio para usar sus pelos en nuestros telares; que si los frailes dicen que nuestro Xibalbá es vil Infierno, adelante, que arrojen allí a nuestros dioses que al fin y al cabo cualquier sitio es bueno para seguirlos venerando; que si franceses y austriacos nos imponen la moda de las casacas, bienvenidas para alegrar los carnavales; que si los gringos nos atiborran de Coca-Cola, venga a acompañar al pox para rociar las velas que ofrendamos a nuestros antepasados; que si la industria trasnacional nos hace consumir costosos *kleen bebe* en vez de algodonosos pañales, que se entierre a los niños yucatecos muertos en Hocabá con un par de ellos, a ver si les sirven en el cielo para confeccionar sus alas... Coincidencias, sincretismos, síntesis, yuxtaposiciones, nuevas creaciones... El Sur es un inmenso arsenal de estrategias para recrear identidades, para imaginarlas, para soñarlas.

¿La suya? ¿Su esencia? ¿Su parte de mexicanidad? ¿Su aporte a la Patria? ¿Quién puede descifrarlo? ¿Quién puede medir lo intemporal e incomensurable? En todo caso, bien podría el milenario sur mesoamericano preguntarle a la adolescente identidad mexicana lo que Yahvé a Job: "¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la Tierra?"

Parte histórica del Nosotros mexicano, el Sur es simultáneamente el Otro. Como todos los yos, se define por oposición, cuando no en ausencia. Rejuego de

¹⁵ Apud Demetrio Sodi, *La literatura de los mayas*, México: Joaquín Mortiz, 1964, pp. 57-62, quien tradujo esta plegaria de la obra de Alfonso Villa Rojas.

identidades y alteridades, alberga una tradición de milenios que le permite aproximarse sin ser subsumido, tomar distancia sin alejarse. Siempre dispuesto al cambio posee la fortaleza suficiente para no dejar de ser él mismo, para extraer de un mismo tronco, de una misma savia, frutos diversos que muestran siempre renovados el olor, la tersura y el gusto del meridión mesoamericano. Sus pueblos indios son distintos a los del Centro, el Occidente, el Golfo o el Norte, y por ello mismo sus formas de mestizaje no se repiten en parte alguna. Como en todas las otras regiones que conforman esa gigantesca invención que llamamos Patria, las que eclosionan en el meridión son flores singulares; frescas y añejas a una vez por alimentarse de *humus* del presente y del pasado. "Dadme mis huesos y los huesos de mis muertos y los pondré a florecer en la noche", escribió Carlos Becerra.

Con sus diferencias, el Sur cuestiona, pero no niega las identidades de los otros, consciente de que ni siquiera en su interior existe la uniformidad. Árbol de mil nombres, es capaz de cobijar en sus ramas múltiples plumajes; de ofrecer cada mañana follajes diversos a un sol inmutable. Sin apostatar de su joven mexicanidad, el Sur es, ante todo, Sur. Es esa esencia sólo suya la que enriquece, con jugos únicos por distintos, el insaciable bodegón de alquimia donde surge y se consolida esa realidad inaprensible y cambiante de lo que, a falta de mejor nombre, llamamos identidad mexicana.